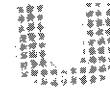


# Naturaleza, sociedad e historia en América Latina

Guillermo Castro Herrera

## 1. Recuento



Uno de los problemas más graves que plantea la crisis por la que atraviesa América Latina consiste en la exacerbación de una economía de rapiña<sup>1</sup>, que propicia un constante incremento en el ritmo de destrucción a que se ven sometidos los recursos humanos y naturales de los que tendrá que depender la región para encontrar salida a sus problemas. Esa situación, por otra parte, no es del todo novedosa: por el contrario, hoy va siendo común reconocer que sus manifestaciones han estado presentes en la región «desde mucho antes de la crisis, tanto en las acciones humanas como en los fenómenos naturales», aunque haya sido en fecha reciente que se iniciara un cambio en «la percepción y calificación» de esos «impactos negativos del deterioro ambiental»<sup>2</sup>.

En el debate asociado a ese cambio de percepción figura de manera destacada, por ejemplo, el problema planteado por la coincidencia del incremento en la pobreza social y el empobrecimiento de la naturaleza en América Latina. En el primer caso, por ejemplo, se ha señalado que «estamos registrando un importante aumento en la incidencia de la pobreza, como sucedió en el periodo 1980-1990. En la actualidad, «hay un deterioro de la distribución del ingreso» en todos los países de la región, que se expresa en el hecho de que el 44 % de la población latinoamericana vive en situación de «pobreza extrema» y 20 % más, en situación de «extrema pobreza o indigencia», todo lo cual implica que «casi 200 millones de personas sólo pueden acceder a los mínimos necesarios, mientras 94 millones de latinoamericanos sólo cuentan con recursos económicos para comer lo mínimo indispensable»<sup>3</sup>. Por lo que toca al mundo natural, a su vez, uno de los ejemplos más dramáticos de este empobrecimiento puede ser el de la deforestación de América Latina, que en los últimos treinta años afectó a unos dos millones de km<sup>2</sup> —equivalente a la totalidad del territorio mexicano—, y continúa a una tasa cercana a los 50.000 km<sup>2</sup> por año<sup>4</sup>. Combinada con técnicas inadecuadas de utilización y conservación de suelos, esa deforestación ha contribuido además a que, a principios de la década de 1980, unos 2.08 millones de km<sup>2</sup> de territorio —equivalentes al 10 % de la superficie total de la región— se encontraran «en proceso moderado o grave de desertificación»<sup>5</sup>.

La respuesta más fácil a las preguntas que resultan de la relación que pueda existir entre esos procesos simultáneos consiste, como todos sabemos, en afirmar que la pobreza social es un importante factor en el empobrecimiento del mundo natural. En esta perspectiva, la reducción de la pobreza —especialmente a políticas de «ajuste estructural» promovidas por las instituciones financieras internacionales y ejecutadas con singular entusiasmo por la mayoría de los gobiernos de la región—, debería bastar para preservar a la naturaleza de un deterioro aún mayor.

Existen, por supuesto, otras opiniones, más complejas en su modo de plantear las cosas más complicadas en sus implicaciones políticas, económicas y culturales para nuestras sociedades, y bastante menos populares entre nuestros gobiernos. Científicos sociales de trayectorias académicas y enfoques ideológicos muy distintos —como Fernando Tudela, en México, y Juan Jované, en Panamá, por ejemplo— coinciden en que tanto el empobrecimiento social como el del mundo natural son el resultado de un mismo conjunto de causas estructurales que han venido operando a lo largo de períodos muy prolongados en la región <sup>6</sup>.

Lo que esto quiere decir es que los problemas de que hablamos son el resultado de las formas en que nuestras sociedades han sido organizadas para cumplir determinadas funciones dentro del sistema mundial realmente existente, en particular a lo largo de los últimos ciento cincuenta años <sup>7</sup>. Con ello, parece evidente que un mayor crecimiento económico —de ocurrir en el marco de esas formas de organización— no constituye por sí mismo garantía alguna en la solución del problema planteado y, por el contrario, bien podría contribuir a agravarlo aún más.

En este sentido, cuando observamos que en 1991 los diez productos más importantes de exportación de América Latina eran esencialmente los mismos que en 1891 —en cantidades mucho mayores, por supuesto, y con precios unitarios muchos menores— <sup>8</sup>, este enfoque hace resaltar aún más el contraste entre el optimismo oficial y los reiterados fracasos de nuestras tecnoburocracias en sus intentos para dar respuesta a los crecientes problemas ambientales de nuestra región. La presencia simultánea de aquellas continuidades y estas ineficiencias, además, sugeriría la necesidad de intentar el desarrollo de una perspectiva de análisis en el estudio de nuestra historia que nos facilitara entender mejor, en su origen y sus tendencias, el severo proceso de deterioro am-

biental que viene afectando a nuestra región al menos desde la década de 1950 <sup>9</sup>.

De esta manera, cuando la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM me aceptó en su programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos —y sin saber nada aún del trabajo de autores como Donald Worster, Richard White y Alfred Crosby—, me propuse trabajar en la creación de un modelo teórico que me facilitara el estudio en perspectiva histórica de los problemas ambientales de nuestra región. Para ello acudí a dos fuentes principales. Por un lado, a algunos aportes latinoamericanos tempranos, que esperaban quizás por una lectura de conjunto <sup>10</sup>; por otro, a nuestra tradición académica, con su énfasis en las nociones de estructura y proceso, y su concepción de los fenómenos a estudiar como expresión de las relaciones que subyacen tras ellos <sup>11</sup>.

En esta tradición, como sabemos, ser «objetivo» significa en lo más esencial ser lógicamente leal al «objeto de estudio» que ha sido definido como una «constelación de relaciones» que, por razones culturales, resultan especialmente significativas para el investigador. Esa «constelación», a su vez, sólo expresa su verdadera riqueza de significado en cuando se hace explícita su relación con el conjunto de la «galaxia» de conocimiento pertinente al campo de estudio en el que se trabaja, de lo que a su vez resulta una tensión característica entre la necesidad de construir conceptos muy específicos para el estudio, y la de producir resultados abiertos, que puedan ser incorporados a visiones de la realidad tan integrales como sea posible.

De este modo, la «constelación» que yo buscaba debía ser descubierta en el interior de una «galaxia» en la que lo ambiental se definía por su relación con lo social, lo económico, lo político y lo cultural <sup>12</sup>. Esto, a su vez, me llevó a definir tres problemas básicos para la creación del modelo teórico en que deseaba trabajar. Esos problemas fueron:

a) La definición del campo de relaciones que resultara de la interacción entre las sociedades latinoamericanas y el medio natural en el que se desenvuelve su existencia, hecha en términos que facilitarían la identificación de un conjunto de categorías con las cuales interrogar a un amplio número de fuentes acerca del origen histórico de los problemas ambientales contemporáneos en la región.

b) La construcción, con la ayuda de las categorías así identificadas, de un conjunto articulado

de preguntas a plantear al campo de relaciones previamente definido, cuyas respuestas permitiesen caracterizarlo en sus distintas etapas de desarrollo, y, finalmente,

c) La creación de un esquema de periodización que facilitara la organización de esas respuestas, tanto en lo relativo a la caracterización de los rasgos básicos de cada etapa en el desarrollo del campo, como en la identificación de las relaciones de cambio y continuidad entre esas etapas a lo largo del tiempo.

Para la definición inicial del campo de estudio, me resultó de extraordinaria utilidad el concepto de «medio ambiente» elaborado por Osvaldo Sunkel en 1980: «el ámbito biofísico natural y sus sucesivas transformaciones, así como el despliegue espacial de las mismas»<sup>15</sup>. Esta perspectiva, en efecto, permitía concebir a una historia ambiental como el resultado de la investigación de los procesos de transformación artificial de «medio biofísico natural» y sus expresiones en el espacio, que resultaban de estilos de desarrollo sucesivos en una región dada.

A partir de allí, se hacía necesario indagar en la identificación de medios y vías adecuados para el diálogo entre una historia ambiental así concebida y otras disciplinas del campo de las ciencias humanas. Esto me llevó a distinguir en la «constelación» a la que había llamado «medio ambiente» tres campos de relación —los del mundo natural, la sociedad y la producción—, que en su interacción generaban además un cuarto campo, el de la cultura, entendida —con Antonio Gramsci— como una visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura, enfatizando lo estrecho de los vínculos entre la acción, el pensamiento y las creencias. Esto, a su vez, llevó a formular el modelo que presento en la siguiente página, en el que el objeto de estudio resulta de la interacción de esos campos a lo largo de un eje de tiempo.

La historia ambiental emergió de esa interacción como parte de la cultura, dentro de la cual se constituye como un espacio de diálogo entre las ciencias que integran los campos de lo «humano» y lo «natural», según la vieja división que todavía pervive de algún modo entre nosotros. Esa interacción entre lo natural, lo social y lo productivo, por otra parte, es diferente en sociedades diferentes, tanto a lo largo del tiempo común que todas comparten en la evolución de la especie humana, como en los «tiempos» que puedan coexistir dentro de una misma era histórica, como la del siste-

ma mundial que conocemos hoy. De este modo, en sociedades que usualmente consideramos primitivas, lo natural resulta hegemónico; en otras, subdesarrolladas pero bien organizadas, predomina la esfera de lo social —y lo hace además a niveles muy altos en tiempos de especial tensión, como en el Vietnam del Norte en las décadas de 1960 y 1970, y la Cuba de la década de 1990. Finalmente, en sociedades como las de la cuenca del Atlántico Norte (y en Japón), la hegemonía parece corresponder a la esfera de lo tecnológico, que impone su lógica y sus necesidades a las otras dos.

Una interacción así, por supuesto, es por naturaleza conflictiva, y el equilibrio que resulte de ella es siempre transitorio y relativo a múltiples factores internos y externos al modelo, sea al nivel de cada sociedad, sea al de las regiones en que esas sociedades existen. Así, por ejemplo, no existe verdadera contradicción entre el alto nivel de racionalidad en el campo de la tecnología en las sociedades Noratlánticas y la (aparente) irracionalidad de la «economía de rapiña» que permite a las regiones periféricas abastecer al centro del sistema con recursos naturales y trabajo humano abundantes y baratos. En este sentido, y en lo que toca a las preguntas a plantear a partir del modelo, la primera parece ser por qué las «esferas» ingresan a un estado particular de (relativo) equilibrio en una sociedad, región o civilización dadas. La segunda, a su vez, podría referirse a los límites de ese equilibrio, y al papel desempeñado por diferentes factores —económicos, culturales, políticos y naturales— en el proceso.

El modelo teórico descrito, a su vez, permitió plantear las preguntas imprescindibles para el abordaje del estudio. En lo más elemental, esas preguntas fueron encaminadas al esclarecimiento de cinco problemas principales:

a) Los rasgos característicos del medio biofísico natural en su relación con las modalidades de artificialización de que es objeto a lo largo de etapas sucesivas.

b) Las formas de organización social y del espacio correspondientes a los estilos de desarrollo subyacentes tras esas modalidades de artificialización del medio natural, y sus correspondientes expresiones en paisajes característicos.

c) La racionalidad histórica de esos estilos, definida a partir de los propósitos que los animan, y de los conflictos internos y externos y las modalidades de ejercicio del poder que sus formas ca-

racterísticas de organización social han debido enfrentar y resolver en su desarrollo.

d) Las circunstancias que originan y orientan las transiciones entre esos estilos, incluyendo tanto las relativas a la creación de premisas socio-políticas para el paso de uno a otro, como las que determinan la posibilidad de rearticulación de elementos de cada uno en los subsiguientes, y

e) Los términos en que los factores antes mencionados explican y condicionan nuestras posibilidades de comprensión de los problemas ambientales contemporáneos en América Latina, y nuestras opciones de acción frente a esos problemas.

Definidos así el qué, cómo, para qué, hasta dónde y cuándo de las formas sucesivas en que se expresa el despliegue del campo de relación que nos interesa abordar, procedimos a formular un *esquema general de periodización que facilitara la organización de las respuestas a esas interrogantes en una visión de conjunto del proceso sometido a estudio. En el caso de la América que hoy llamamos Latina —cuya conformación histórica se inicia tras su incorporación a la economía-mundo europea en el siglo XVI—, parece evidente la utilidad de plantear ese esquema de periodización a partir de dos grandes fases, dos subfases adicionales dentro de cada una de ellas, y los períodos de transición entre unas y otras, todo lo cual se expresaría en los siguientes términos:*

*Fase I: El desarrollo separado (¿20.000 a. C./siglo XVI d.C.).*

*Subfase 1: Del poblamiento original al desarrollo de la agricultura (20.000 a.C./7.000-5.000 a.C.)*

*Subfase 2: Del desarrollo de la agricultura al surgimiento de Estados tributarios de base agraria (900 a.C./siglo XVI d. C.).*

*Fase II: El desarrollo articulado a la economía-mundo europea y el mercado mundial (siglo XVI/siglo XX d. C.).*

*Subfase 3: El desarrollo en la periferia de la economía-mundo europea (siglo XVI/cerca 1870).*

*Subfase 4: El desarrollo articulado al mercado mundial contemporáneo (cerca 1870/1990).*

Es evidente que este esquema señala apenas momentos en el desarrollo de estructuras de larga duración. Aun así, cada una de las fases y subfases

indicadas se caracteriza por modalidades diferentes de organización social —asociadas por un lado a los propósitos que guían la relación con la naturaleza y, por otra, a cambios demográficos, económicos y tecnológicos que dan lugar a una presión creciente sobre los recursos naturales—, que se expresan como grandes tendencias generales en el desarrollo histórico, en los siguientes términos:

Fase I	Fase II
Desarrollo separado	Desarrollo articulado
Endodeterminado	Exodeterminado
Autosuficiente	Dependiente
Disperso	Centralizado
Diversificado	Especializado
De policultivo y recolección	De monoproducción

*Utilizando la noción de economía de rapiña en lo que hace a la relación de las sociedades latinoamericanas de nuestro tiempo con el mundo natural, y la de sistema mundial en lo que se refiere a las relaciones de estas sociedades entre sí y con las que hegemonizan sus economías, este esquema facilitó la creación de una hipótesis de interpretación de conjunto del proceso histórico que nos interesa, para la cual:*

a) Una historia ambiental de América Latina ha de tomar en consideración las peculiaridades que marcan el proceso de formación del medio biofísico natural de la región entre su desprendimiento de la Pangea original, hace unos 650 millones de años, y su poblamiento por humanos ya evolucionados hace unos 20.000 a 30.000 años.

b) Las modalidades de relación con el medio natural a lo largo del período de desarrollo separado permitieron sustentar procesos civilizatorios a partir de una base ecológica que combinaba de manera muy eficiente la agricultura con la recolección, cuya influencia en los desarrollos socioculturales de esas civilizaciones aún está pendiente de verdadera evaluación <sup>14</sup>.

c) El paso al desarrollo articulado en la economía-mundo europea a partir del siglo XVI alteró sustancialmente tanto aquella base ecológica como las modalidades de relación con el mundo natural asociadas a la misma, inaugurando una situación que combinaba la producción diversificada para el auto y el mercado interior en amplias extensiones, con la producción especializada para el mercado exterior en enclaves bien delimitados,

que pasaron a ser objeto de las formas más primitivas de economía de rapiña que ha conocido la región.

d) Esa combinación de producción «tradicional» para el propio consumo, y producción especializada en enclaves para el mercado exterior se prolonga como rasgo de la relación sociedad-mundo natural hasta la década de 1880 cuando, mediante el ingreso masivo de capitales y tecnología provenientes del mundo Noratlántico propiciado por el triunfo de la Reforma Liberal, crea las premisas que harán de la economía de rapiña la forma hegemónica de relación con el mundo natural hasta el presente.

En este sentido, por último, cabe afirmar que la crisis ambiental que hoy conoce la región resulta justamente de ese predominio de la economía de rapiña, lo que hace imposible enfrentarla mediante el solo recurso a medidas de orden tecnológico. Por el contrario, América Latina sólo podrá empezar a revertir esta crisis en la medida en que consiga modificar sus términos de relación con el sistema mundial del que forma parte, lo que convierte a la dimensión ambiental de la agenda internacional latinoamericana en un factor clave para el futuro de la región. Y esto, a su vez, resalta la importancia de comprender mucho mejor, en perspectiva histórica, la naturaleza de esa relación entre América Latina y el sistema mundial, para contribuir a la tarea de identificar tanto las modificaciones que la relación requiere, como las opciones que la misma crisis abre para luchar por ellas.

## 2. Algunos hallazgos



llegar a esta etapa de mi trabajo, descubrí para mi alivio —a través del número de marzo de 1990 del *Journal of American History*, y de la lectura del libro *Ecological Imperialism*, de Alfred Crosby<sup>15</sup>— que ya existía una historia ambiental que disponía de una formulación básica de su teoría y sus métodos, con lo que mi propio trabajo empezó a moverse en una dirección ligeramente distinta. En efecto, esos historiadores norteamericanos y británicos —Donald Worster, en particular<sup>16</sup>— me ofrecieron acceso a un campo en desarrollo desde la década de 1970, en el seno de sociedades donde el interés

por lo ambiental venía desplegándose desde fines del siglo XVIII, y donde el ambientalismo como movimiento social y cultural había iniciado su gestación a partir de la década de 1860.

Tal como es practicada en el mundo Noratlántico, la historia ambiental propone, en lo más esencial, que se incorpore a la naturaleza en la historia como un agente tanto o más activo que la economía, la política, los conflictos sociales y la cultura, y en estrecha interacción con todas ellas, de un modo que no dejó de recordarme el modo en que nuestro José Martí entendía que

Cuando se estudia un acto histórico, o un acto individual..., se ve que la intervención humana en la naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana...<sup>17</sup>

Autores como Worster, en efecto, conciben a la historia como el resultado de los vínculos que la evolución de la especie humana establece entre la naturaleza; el uso de la misma por los seres humanos a través de estructuras económicas, sociales y políticas, y la cultura, entendida como un sistema de valores y formas de percepción con importantes implicaciones éticas para la conducta social con respecto al mundo natural. Cada una de estas dimensiones tiene su propia legitimidad, pero ninguna de ellas es realmente comprensible sin las otras dos, con lo que el campo de estudio de la historia ambiental viene a ser definido como el punto en que ellas interactúan entre sí.

Con todo lo atractivo que resulta ese planteamiento en su formulación más abstracta, el examen de textos dedicados a situaciones y problemas históricos específicos revela, como es natural, que esa historia ambiental ha sido concebida desde la perspectiva de unas sociedades que, si bien comparten con las nuestras un planeta común, han venido a ser también muy distintas a las latinoamericanas. Es posible, por supuesto, estar de acuerdo con Worster cuando afirma en su ensayo «The vulnerable earth» que si cada uno de nosotros tiene ahora dos países de que ocuparse —el suyo, y el planeta común a todos—, «tenemos también dos historias que escribir... Y ya es tiempo de que empecemos a preguntarnos por lo que ha sido de esa segunda historia, de empezar a indagar ya no tan sólo en la historia de éste o aquel pueblo, viéndolo aislado de los demás..., sino además en la

historia de todos los pueblos, chocando y cooperando unos con otros en una isla cada vez más pequeña en el espacio». Y, sin embargo, algo falta aquí.

Los países, en efecto, no se relacionan directamente unos con otros a escala planetaria, sino a través de estructuras intermedias de nivel regional que actúan como instancias de articulación central, semiperiférica y periférica en un sistema mundial. Es en este sentido, por ejemplo, en el que antes afirmamos que las diferencias que resultan de los modos distintos en que la naturaleza, la economía y la cultura interactúan a lo largo del tiempo en sociedades que, siendo distintas, comparten una misma era en la historia, pueden ser explicadas haciendo referencia a «tiempos» regionales que, en su coexistencia, dan lugar a otro tiempo, «planetario», que sostiene a la historia que reclama Worster.

Puede decirse en este sentido que —dentro de este sistema mundial común— los mismos procesos que han tendido a hacer cada vez más homogéneas a las sociedades Noratlánticas han hecho a las nuestras cada vez más heterogéneas y conflictivas, tanto al nivel nacional como al regional. En nuestra región, por ejemplo, visiones y prácticas sociales no capitalistas coexisten en conflicto con un capitalismo al que en otras regiones, quizás, «precedieron». Esto es lo que permite a autores como el economista catalán y anarquista «verde» Joan Martínez-Alier referirse a una «ecología de los pobres» que actúa en países de la periferia del sistema desde fuera y en contra de la economía de mercado, constituyéndose así en uno de los factores que hace relativo el equilibrio a que antes se hacía referencia<sup>18</sup>.

Tal es el caso, por ejemplo, de los conflictos socio-ambientales asociados con la presencia en mi país del Canal de Panamá, esa muestra sin par del tipo de institución burocrática altamente centralizada que se desarrolla en asociación con las obras hidráulicas de gran escala a que se refiere Worster en su libro *Rivers of Empire*. Tratándose de un canal de esclusas, depende para su funcionamiento del agua dulce que le proporciona el río Chagres, abastecimiento que depende a su vez del adecuado manejo de la cuenca que drena el río. Y, sin embargo, el Canal —concebido, construido y administrado por el Estado norteamericano en el más auténtico estilo «wittfogeliano» desde 1904— coexiste también con el resto de la sociedad panameña, incluyendo a nuestros campesinos más pobres.

Privados de acceso a la tierra en otras partes del país por grandes empresas agropecuarias capitalistas, estos campesinos pobres han venido migrando lentamente a la cuenca del Canal, deforestándola para crear campos de ganadería extensiva y producción agrícola de pequeña escala y métodos muy destructivos de uso del suelo, lo que a su vez ha propiciado un incremento de la erosión que ya merma la capacidad de almacenamiento de agua del lago Gatún. Tanto los campesinos como el Canal necesitan el mismo espacio para propósitos no sólo distintos, sino y sobre todo mutuamente excluyentes en el orden de cosas vigente en el país, porque ambos representan diferentes tipos de desarrollo capitalista: mercantil en pequeña escala, en el caso de los campesinos, y de escala global y alcance multinacional en el del Canal, asociado además a las necesidades militares que ese tipo de desarrollo acarrea consigo. Con ello, el conflicto es inevitable, endémico, recurrente, y a veces muy violento, especialmente cuando entra en escena el ejército de los Estados Unidos de América.

Así, esta disputa en torno a la tierra y el agua es al mismo tiempo local y global, y tiene su origen en un estilo de desarrollo capitalista maduro que no es característico de Panamá, sino del modo en que el país existe dentro del sistema capitalista mundial. Las partes están articuladas, pero no integradas, y su mutua relación es por necesidad conflictiva e inestable. De igual modo, la estabilidad y la armonía —si es que llegan a ser producidas—, dependerán también de transformaciones de escala local y global que generen las condiciones que permitan hacer un uso distinto de la cuenca. Pero esto sólo puede ser comprendido desde una perspectiva histórico-ambiental y sistémica, y ese tipo de perspectiva aún está por ser creada en el caso de la disputa por el Canal entre Panamá y los Estados Unidos.

Si se observa este tipo de problemas desde la periferia del sistema mundial, parece evidente la necesidad de un análisis comparativo entre las formas de evolución de las relaciones de las sociedades humanas con el mundo natural en las regiones Noratlánticas y en América Latina, tal como lo sugiere el propio Worster en su ensayo «Transformations of the earth». Al propio tiempo, también parece evidente que ese tipo de análisis debería tomar en cuenta que el desarrollo del capitalismo en América Latina ha recorrido ya un largo camino desde que se inició a través del predominio del capital financiero —sobre todo de

origen europeo en un comienzo— sobre la explotación y la comercialización de los recursos naturales de la región a partir de la década de 1870.

Para fines de la década de 1930, por ejemplo, la organización capitalista de la agricultura panameña, y las expresiones de ese hecho en los problemas asociados a la expansión del monocultivo, estaban claramente establecidos tanto en calidad de hechos como en la de tendencias dominantes cuyo desarrollo posterior fue esencialmente cuantitativo<sup>19</sup>. Los paisajes, las actividades productivas, la organización social y económica, y la cultura regional asociada con ese tipo de desarrollo capitalista fueron todos definidos en lo esencial hace más de sesenta y cinco años. Mucho ha pasado desde entonces, por supuesto, pero ha consistido sobre todo en el despliegue de los resultados acumulados por las realidades que entonces fueron establecidas, y que han venido actuando como premisas de larga duración en las relaciones de la sociedad panameña con su mundo natural.

Todo indica, en este sentido, que una historia planetaria podría ganar mucho si asume a lo natural, lo social y lo económico como niveles de análisis en contacto explícito con el factor que los hace «planetarios» y abiertos a comparación: esto es, con la forma en que efectivamente funciona el sistema mundial que conocemos. Alfred Crosby ha hecho ya importantes contribuciones en este sentido, y es posible afirmar que son muchos otros los historiadores de lo ambiental en el mundo Noratlántico que ya se mueven en la misma dirección. Y, sin embargo, nada de esto excluye que nuestro deber, aquí al Sur, siga siendo el de re-crear el rostro oculto del sistema mundial, que ambos compartimos, investigando y debatiendo acerca de los efectos diferenciales que resultan de la des-acumulación, la des-socialización y la de-culturación de que han sido y son objeto nuestras sociedades dentro de ese sistema<sup>20</sup>.

De algún modo, pues, una parte significativa de mi labor de investigación pasó a ser la de evaluar la posibilidad de aplicar algunos de los conceptos elaborados por los historiadores de lo ambiental en el mundo Noratlántico a la definición de la historia ambiental como un nuevo campo de estudio en América Latina. Esa tarea no tiene nada de sencillo, toda vez que implica contrastar experiencias derivadas de realidades muy distintas. Y, sin embargo, aun así parece posible en cuanto ambas regiones hacen parte de un mismo sistema capitalista mundial dentro del cual esas mismas diferencias resultan en buena medida de la interacción entre ambas.

Por ejemplo, el modo en que Donald Worster se refiere al capitalismo y sus consecuencias para el medio ambiente en *Dust Bowl*, considerándolo como una compleja cultura económica que se expresa como «un modo de producción que está en constante evolución de múltiples maneras particulares, variando de un país a otro, de una región a otra, de una década a otra», me permitió plantearme una parte de mi tarea como la de intentar identificar de la manera más precisa posible cuáles habían sido esas variaciones en el caso latinoamericano con respecto a lo ocurrido en el de las sociedades Noratlánticas. Por otra parte, la importancia que Worster le asigna al hecho de que, a lo largo de todas sus variantes, el capitalismo conserva siempre «una identidad reconocible... un núcleo de valores y premisas más permanente que esas formas externas —un ethos permanente... que otorga continuidad a la cultura económica»... me llevó a intentar caracterizar ese «ethos» en las circunstancias de nuestra región, como un factor de larga duración en lo que pudiera ser considerado como el «modo latinoamericano» de relación con el mundo natural.

### 3. Algunas especificidades regionales



En el intento de identificar lo que pudiera ser considerado como especificidades del capitalismo como marco de relación con el mundo natural en el caso latinoamericano, descubrí una fuente de especial valor en el libro *La Geografía Humana*, publicado originalmente por el geógrafo francés Jean Brunhes en 1910. En ese texto, Brunhes utilizó el concepto de *raubwirtschaft* o «economía de rapiña» para referirse a lo que consideró como formas extremas del «uso destructivo» de recursos naturales, características de las regiones coloniales de su tiempo.

Si bien el uso destructivo de algunos recursos naturales no renovables es un factor inherente a todo modo de producción, aquello a lo que se refería Brunhes era al saqueo de todos los recursos de valor para las economías industrializadas en lo que hoy llamaríamos las regiones periféricas del mercado mundial. Y yo agregaría que esa «raubwirtschaft» ha sido, y sigue siendo hasta nuestros

días, uno de los ejes fundamentales en el desarrollo del capitalismo en América Latina. lo que viene a definir la *primera* de las especificidades que yo intento identificar. La *segunda*, a su vez, tiene que ver con el hecho de que la «*raubwirtschaft*» se desarrolló entre nosotros como una modalidad característica de relación con el mundo natural bajo la hegemonía —financiera y tecnológica, pero no necesariamente cultural y política— del capital extranjero, esto es, subordinada a las necesidades, los intereses, las demandas y los precios generados en las sociedades Noratlánticas, particularmente la británica entre la década de 1870 y la Primera Guerra Mundial, y la norteamericana de allí en adelante.

A ésas dos cabría agregar una *tercera* especificidad, en el campo de lo político. En efecto, a diferencia del caso de África y la mayor parte de Asia, los Estados nacionales latinoamericanos fueron organizados en lo fundamental como la expresión institucionalizada de las relaciones de poder realmente existentes en nuestras sociedades a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. De este modo, cuando el capitalismo Noratlántico empezó a dar forma al mercado mundial bajo su hegemonía, encontró contrapartes políticas ya organizadas en la mayor parte de nuestros países, generalmente bajo la forma de oligarquías de terratenientes ansiosas de asociarse con él, y dispuestas a ofrecer a cambio abundantes tierras «subdesarrolladas», recursos naturales y fuerza de trabajo barata y dócil, a cambio de capital de inversión, tecnología y acceso a los circuitos de comercialización controlados por las economías centrales.

Estas oligarquías no se limitaron a entregar su poder a los extranjeros. Por el contrario, utilizaron ese poder como un recurso y como una garantía en su asociación con los inversionistas del exterior. Con todo y lo que ello finalmente vino a significar en cuanto a pérdidas en la capacidad de autodeterminación de nuestras sociedades, uno nunca, nunca, debe subestimar la capacidad pasada y presente de esas oligarquías para entender y defender sus propios intereses. La «dependencia», en este sentido, viene a ser un término tan útil como peligroso para la definición del tipo de relaciones que pasó a caracterizar los vínculos entre las oligarquías latinoamericanas y las del Atlántico Norte de allí en adelante.

La historia de las ideas ecológicas en el mundo Noratlántico entre los siglos XVIII y XX que nos ofrece Donald Worster en su libro *Nature's Economy* resulta especialmente útil para entender lo

anterior e identificar, como una de sus consecuencias en el terreno cultural, una *cuarta* especificidad de nuestra historia ambiental. Como sabemos, el proceso de creación de las condiciones básicas para el desarrollo del capitalismo en América Latina —un mercado de tierras y un mercado de trabajo—, tuvo lugar aquí a través de la expropiación violenta, sobre todo a partir de la década de 1850, de sectores no capitalistas muy importantes en nuestras sociedades, sobre todo comunidades indígenas y campesinas, y de tierras sujetas a formas no capitalistas de propiedad por parte de la Iglesia católica<sup>21</sup>.

Todo esto significó que el capitalismo fuera desarrollado en América Latina, desde sus comienzos, sin la presencia de los pequeños y medianos productores rurales capitalistas del tipo descrito por Worster en *Dust Bowl*, que colonizaron y explotaron las planicies del Centro-Sur de los Estados Unidos antes de que las grandes corporaciones agroindustriales establecieran su imperio sobre esa región a partir de la década de 1930. Lo ocurrido aquí fue, por el contrario, que los productores no capitalistas, una vez expropiados, fueron parcialmente convertidos en trabajadores libres y parcialmente expulsados hacia las peores tierras, de modo que las mejores pudieran ser utilizadas para la monoproducción de bienes exportables en gran escala, de lo que resultó una *quinta* diferencia en los campos económico y tecnológico, que a su vez tuvo importantes consecuencias en el campo cultural.

Esta diferencia consistió en la reconstitución de sociedades nuevamente escindidas, diferenciadas y articuladas a lo largo de fracturas históricas de persistencia casi geológica, que se vieron al propio tiempo oscurecidas por la turbulencia del conflicto entre modernidad y tradición o, lo que es igual, entre «liberales» y «conservadores» al interior de las élites oligárquicas de estas sociedades. En fecha tan temprana como 1845, como se recordará, el político y escritor liberal argentino Domingo Faustino Sarmiento expresó de modo admirable esa escisión entre los sectores capitalistas y no capitalistas de nuestras sociedades en su libro *Facundo. Civilización y barbarie* (1845)<sup>22</sup>, un documento imprescindible para comprender lo que estaba ocurriendo en la región en el período, y el modo en que lo hacía. Allí, Sarmiento declaraba: «De eso se trata, de ser o no ser salvajes», señalando que el destino de nuestras sociedades dependía del resultado del conflicto entre la civilización y la barbarie que consideró decisivo en aquel momento.



Es interesante, por otro lado, observar que este conflicto evolucionó en América Latina de una manera muy distinta a la de la guerra de los euroamericanos contra los nativos norteamericanos en el mismo período. Con excepciones notables como la del interior argentino, donde los nativos fueron completamente barridos en la década de 1860 —con la entusiasta colaboración de Sarmiento, que siempre consideró a los Estados Unidos como un modelo absoluto a seguir en la ruta del progreso—, el Noroeste de México y el extremo Sur de Chile, en la mayor parte de América Latina el conflicto tendió a ser resuelto mediante una transacción, bajo la cual las oligarquías no optaron por el exterminio de nativos y mestizos, sino por la reconstrucción de una hegemonía interior que implicó la reelaboración del *ethos* capitalista que esas élites habían llegado a conocer bien en sus tratos con sus pares Noratlánticos.

La subsecuente coexistencia, al interior de nuestros países, de dos maneras distintas y virtualmente antagónicas de relación con el mundo natural, y de dos visiones distintas del papel de la naturaleza en la vida de la sociedad, define una *sexta* diferencia a considerar en el análisis. En efecto, y en contraste con la interacción conflictiva entre visiones «arcádicas» e «imperiales» del mundo natural en el seno de las sociedades Noratlánticas a partir del siglo XVIII —descrita por Worster en *Nature's Economy*, por ejemplo—, las oligarquías latinoamericanas hicieron suyas las segundas desde mediados del siglo XIX hasta el presente, excluyendo —de manera vehemente, y a menudo violenta— de lo que entendían como el campo de la cultura lo que en otras circunstancias quizás hubiera podido evolucionar como el equivalente —aunque no el igual— de las primeras, elaboradas a partir de la experiencia de los sectores no capitalistas de nuestras sociedades.

Esta exclusión de la experiencia no capitalista del campo de la cultura dominante tuvo otras consecuencias importantes para nosotros. Nuestras élites oligárquicas, en efecto, hicieron suyo el papel de representantes regionales de la civilización de una manera tan peculiar como selectiva. La forma en que Worster describe a la civilización como un problema para la cultura victoriana, y a las diferentes estrategias desarrolladas para enfrentar ese problema dentro de esa cultura, resulta esclarecedora para comprender el modo en que se veían a sí mismas —y a su papel como organizadoras de la sociedad y la naturaleza en nuestros países— las élites oligárquicas latinoamericanas.

En *Nature's Economy*, por ejemplo, tras observar que la civilización «nunca ha encajado bien en el esquema humano... (pues) el hombre, al igual que el resto de la naturaleza, no nace civilizado, domado ya para ser montado y firmemente encajado» —por lo cual «parece inevitable que el proceso de civilizar a la humanidad se reinicie sin cesar, sin alcanzar nunca un asidero firme o un encaje realmente ajustado»—, Worster agrega en seguida que, entre la década de 1860 y el fin del siglo pasado,

pareció surgir una determinación inusualmente feroz encaminada a lograr que el proceso civilizatorio se consolidara de una vez y para siempre... De hecho, la demanda que definía a la época podría haber sido la de la necesidad de una fuerza cultural agresiva, resuelta, incluso violenta, para domeñar y dirigir la naturaleza que Darwin, como muchos otros, encontraba tan amenazadora. En verdad, resulta difícil exagerar lo ubicuo y significativo de este impulso hacia la civilización en el pensamiento angloamericano del período <sup>23</sup>.

Como partícipes de ese mismo impulso, nuestras élites oligárquicas se vieron a sí mismas, también, ubicadas en el lado equivocado del «enorme golfo existente entre la barbarie y la civilización». Esto ayuda a entender por qué, en esa circunstancia, se identificaron con las formas más extremas de la visión «imperial», concibiéndose a sí mismas como destinadas a encabezar a sus sociedades en la marcha por la ruta del progreso, y a defender esa ruta en una lucha feroz por la existencia en contra de la barbarie y de la naturaleza a un mismo tiempo o, de modo más preciso, contra una naturaleza definida como el medio ambiente de la barbarie.

Al considerar esta manera de concebirse a sí mismas y de entender a la naturaleza por parte de las oligarquías latinoamericanas, resulta tentador decir que existe una *séptima* especificidad latinoamericana, definida por el papel desempeñado por la política —y su instrumento más extremo, la violencia— en la creación de las premisas que han hecho posible la continua reorganización de la naturaleza y las sociedades de nuestra región a lo largo de los últimos cien años. Sin embargo, esto podría corresponder a un fenómeno mucho más amplio, cuyas raíces pueden ser rastreadas a tiempos muy anteriores a la conquista europea, en acontecimientos como las transiciones mesoamericana y andina desde la coexistencia (antagónica o no) de

comunidades agrícolas, hacia el surgimiento de imperios tributarios, según lo describen Conrad y Demarest en su libro *Religión e Imperio*<sup>24</sup>, por ejemplo.

En cualquier caso, la violencia —desde la conquista europea en el siglo xvi hasta las guerras de independencia, primero, y de reforma liberal, después, que devastaron la región entre las décadas de 1810 y 1870—, parece haber sido un factor decisivo en la creación de las precondiciones —político-culturales y socio-económicas— indispensables para poner a la región en condiciones de responder a la demanda externa de sus recursos naturales. En efecto, el continuo recurso a procedimientos autoritarios de gobierno —incluyendo la represión a menudo violenta de visiones e intentos alternativos de organización social, asociados con modalidades de relación con la naturaleza «inviabiles» respecto a la tendencia dominante de articulación en el sistema mundial— ha sido siempre necesario para preservar la funcionalidad de aquellas precondiciones incluso en áreas marginales de la economía primario-exportadora<sup>25</sup>.

De este modo, el verdadero factor a considerar aquí es el de la hegemonía virtualmente absoluta de las formas más extremas de aquella visión «imperial» y su propuesta ética fundamental: trabajar contra la naturaleza con el propósito de saquearla<sup>26</sup>. Y, aun así, esta situación debe ser explicada en sus vínculos con la ausencia en América Latina —en particular durante el último cuarto del siglo xix— de un sector intelectual equivalente al que desarrolló la visión «arcádica» de corte más popular y democrático en las sociedades Noratlánticas.

Con todo, el hecho de que entre nosotros nunca haya llegado a existir el tipo de clase media que da de sí intelectuales como Gilbert White, Henry David Thoreau o el propio Donald Worster, no excluye en ningún caso que seamos capaces de producir, desde nosotros mismos y en diálogo con ellos, una visión alternativa —también inclusiva, popular y democrática— de nuestras relaciones con el mundo natural. De hecho, la creación de una visión así cuenta ya con importantes antecedentes aun pendientes de la exploración, la valoración y el desarrollo que merecen, como ocurre por ejemplo en el caso de José Martí.

Entre 1881 y 1895, durante sus años de residencia en Nueva York, como se sabe, Martí trabajó como corresponsal y colaborador de periódicos de México, Venezuela y, sobre todo, Argentina. Cinco de los 28 volúmenes de sus Obras Completas están dedicados a las «Escenas Norteamericanas», que

recogen su obra periodística acerca de los Estados Unidos, en la que se muestra como un observador agudo y bien informado de la vida en el Este y en la región sur-central de ese país, muy familiarizado además con la obra de autores norteamericanos, como Ralph Waldo Emerson, Henry Ward Thoreau, y con la actividad de personalidades sociales, como el padre McGlynn, un dirigente espiritual de los inmigrantes irlandeses católicos pobres de Nueva York.

Una lectura atenta de esas «Escenas Norteamericanas» revela, además, que Martí —inspirado sobre todo por sus fuentes y simpatías norteamericanas— fue el más importante de los contados voceros que cuestionaron la visión y las prácticas oligárquicas en relación con el mundo natural en periódicos latinoamericanos de fines del siglo xix. Es importante señalar, también, que Martí vinculó estrechamente su propia visión de lo natural, en el terreno político, con su lucha a favor de la autodeterminación de los Estados nacionales latinoamericanos.

En el más importante de sus ensayos sobre la región, por ejemplo —*Nuestra América*, publicado simultáneamente en Nueva York y México en enero de 1891—, la «naturaleza» se convierte en un concepto político, utilizado en un notable esfuerzo por trascender la dicotomía planteada por Sarmiento, mediante la afirmación por ejemplo de que en nuestros países no existía en realidad un conflicto entre la civilización y la barbarie, sino otro entre «la falsa erudición y la naturaleza». Este estilo de razonamiento martiano dejó una huella profunda y duradera en lo que —al menos hasta la revolución mexicana de 1910-1940 y, por supuesto, la revolución cubana— podría ser designado como una «cultura popular alternativa» en América Latina.

Pero, y sobre todo, una lectura de la obra martiana desde nuestros conflictos sociales y ambientales —y su evolución futura previsible—, permite encontrar un modo nuevo y sugerente de razonar los problemas que hoy plantea nuestra relación con el mundo natural, en los vínculos que ella implica con los temas de la identidad cultural, la participación popular, el bienestar social y la autodeterminación nacional<sup>27</sup>. Y ese razonar tiene al menos dos virtudes de singular importancia para nosotros.

En primer término, ese razonar martiano cuestiona la naturalidad aparente de la hegemonía oligárquica sobre nuestras sociedades, remitiéndola en cambio al proceso histórico que la conformó y

a los mecanismos políticos, culturales y económicos que la sustentan. En segundo —al incorporar como lo hace el diálogo desde las realidades latinoamericanas con las corrientes más democráticas de la cultura norteamericana—, ese razonar nos ofrece también un campo fértil para la búsqueda de mecanismos que hagan posible la colaboración entre las Américas latina y sajona, sin la cual nunca serán resueltos los problemas ambientales del Hemisferio que comparten <sup>28</sup>.

Todo esto tendría que resultar especialmente sugerente en una región que, como la nuestra, ha transitado en poco más de una década desde un optimismo casi desmesurado acerca de sus posibilidades para el progreso económico y social, a una actitud de marcado pesimismo e incertidumbre respecto a su futuro. Y esa actitud, además, se despliega cuando son cada vez más las fuentes que coinciden en considerar que lo que empezó en 1982 como una simple crisis económica está en vías de convertirse en una crisis de civilización, que sintetiza las dificultades de nuestras sociedades para enfrentar las transformaciones en curso en el sistema mundial del que forman parte <sup>29</sup>.

#### 4. Algunas tareas para una historia ambiental latinoamericana



La presencia de lo ambiental en la vida cultural y política de la América Latina contemporánea reproduce, una vez más, lo que resulta de las viejas dificultades que han conocido y conocen nuestras sociedades para integrarse a sí mismas. De ello resulta por ejemplo una visión dominante de la naturaleza que proclama como «natural» —y no como histórica— la forma en que las prácticas y valores de la gestión empresarial organizan las acciones y las relaciones humanas, incluyendo aquéllas bajo las cuales la naturaleza es reducida a la pura condición de un reservorio de recursos a ser explotados tan intensamente como sea posible, al calor de la demanda de nuestros mercados externos.

Siendo esto así, una historia ambiental latinoamericana debería empezar por cuestionar tal «naturalidad», a la luz de las relaciones efectivamente existentes entre las estructuras socio-económicas

y el mundo natural, resaltando que —según autores como Juan Jované—, «bajo ciertas condiciones de organización humana, en las que las relaciones sociales resultan asimétricas, las relaciones entre la producción y la naturaleza resultan contradictorias también. Por el contrario, una relación armónica, sinérgica, entre la producción y la naturaleza sólo podría ser posible en una sociedad en la que las relaciones sociales sean armónicas también» <sup>30</sup>.

Sin embargo, para hacer eso una historia ambiental latinoamericana tendría que enfrentar otras dos tareas. La primera, como es natural, consiste en desarrollarse a sí misma en un diálogo simultáneo con sus contrapartes de otras regiones del mundo, y con sus propias sociedades. A menos que esto ocurra, el debate sobre los problemas ambientales seguirá evitando los inconvenientes de tomar en cuenta las contradicciones de que habla Jované, y discuriendo por lo mismo en un vacío social cada vez mayor. Y, al propio tiempo, será únicamente trabajando con el mundo —y no sin él, ni contra él—, que seremos capaces de crear un nuevo tipo de conciencia pública sobre nuestros problemas ambientales, no tan dependiente del aval y el apoyo gubernamentales como la existente hoy.

Las especificidades regionales de ese terreno común de entendimiento serán de importancia decisiva para el diseño de las estrategias de acción social y cambio cultural sin las cuales será imposible garantizar la eficacia de la acción política, y las transformaciones económicas indispensables para hacer frente a la crisis socio-ambiental que nos aqueja. Es por eso que resulta tan importante la creación del tipo de conocimiento histórico que haga posible entender el tipo de sociedad que podemos aspirar a ser, en un momento en el que —como nunca antes— nuestro destino particular coincide en una medida tan grande con el del resto de nuestra especie.

Estas tareas de nivel regional, por otra parte, sólo tendrán alguna oportunidad de éxito en la medida en que sean realizadas con una clara comprensión de los vínculos que guarden entre sí lo que haya de específico en los problemas regionales con lo que hay de global en los que caracterizan a la crisis ambiental contemporánea. En este nivel más amplio, por ejemplo, una contribución al debate sobre el llamado «desarrollo sustentable», que hoy constituye quizás el más importante de los espacios disponibles para la creación de un nuevo consenso Norte-Sur en torno a los fines y los medios a emplear para hacer frente al deterioro de la biosfera <sup>31</sup>.

No se trata aquí tan sólo de intentar aún más variaciones sobre un asunto cuyo mismo éxito de prensa ya tendría que inspirar sospechas en tiempos como los que vivimos, sino de encarar de un modo nuevo el tema al que ese asunto alude, que es el de la insustentabilidad ya evidente de las formas vigentes de relación entre el mundo humano y el mundo natural a escala planetaria. Para Donald Worster, por ejemplo, la noción de sustentabilidad vino a ser vinculada a la de desarrollo a partir de la década de 1980, como parte de una solución de compromiso que permitiera a los grandes centros de poder político y económico del sistema mundial asumir y mediatizar a un tiempo la inquietud social y cultural que provocaba —sobre todo en las sociedades Noratlánticas—, la creciente percepción de una amenaza ambiental a lo que hasta poco antes había parecido la posibilidad de un crecimiento económico sostenido, aunque no sustentable.

Tras rastrear el origen de la noción de sustentabilidad en problemas asociados al manejo de bosques madereros en la Alemania de fines del siglo XVIII, Worster se refiere a su uso como categoría discursiva doscientos años después, señalando que su atractivo mayor consiste «en su aceptabilidad política internacional, tanto para las naciones ricas como para las pobres, y su potencial para estimular amplias coaliciones entre numerosas partes enfrentadas»:

El Norte y el Sur, se nos dijo, podrían unirse ahora sin mayores dificultades en torno a un ambientalismo nuevo y más progresivo. El capitalista y el socialista, el científico y el economista, las masas empobrecidas y las élites urbanas, podrían ahora marchar felizmente juntos por una vía recta y fácil, si no hacían preguntas molestas acerca del destino al que se dirigen <sup>32</sup>.

Para Worster, en efecto, el ideal del desarrollo sustentable se apoya en tres equívocos. El primero, dice, consiste en la idea de que «el mundo natural existe ante todo para servir a las demandas materiales de la especie humana». El segundo, en que si bien ese ideal reconoce algún tipo de límite a esas demandas, «depende de la premisa de que podemos calcular fácilmente la capacidad de carga de ecosistemas locales y regionales». Y el tercero, finalmente, en que «el ideal de sustentabilidad reposa sobre una aceptación acrítica... de la visión del mundo tradicional en el materialismo progresista, secular», a la que considera «del todo benigna

na mientras pueda ser hecha sustentable», con lo cual consigue que

Las instituciones asociadas a esa visión del mundo, incluyendo las del capitalismo, el socialismo y el industrialismo, escapen también a toda crítica y todo escrutinio verdadero. Se nos conduce a creer que esa sustentabilidad puede ser lograda con esas instituciones y sus valores intactos <sup>33</sup>.

Parece un hecho, en efecto, que no sólo el «desarrollo», sino la civilización misma que creó el concepto como eje de relación entre sus partes más y menos afortunadas a partir de la II Guerra Mundial, ha venido a ser cada vez menos sustentable en términos ambientales, en la misma medida en que —tras las crisis del centro, en la década de 1970, y de la periferia, en la de 1980— ha venido a quedar reducido en la práctica a la pura demanda de crecimiento económico en un contexto social e internacional cada vez más inequitativo. Worster dedica escasa atención a ese componente del ideal que critica que, sin embargo, constituye la parte más significativa de la ecuación en la cultura latinoamericana y, por lo mismo, ameritaría por nuestra parte un examen tan crítico al menos como el que él dedica a la sustentabilidad.

Hacia 1980, en la víspera de su ingreso a lo que quizás pudiera calificarse como su tercera edad, la noción de desarrollo designaba en América Latina «un proceso de transformación de la sociedad» que debería conducir a una «elevación de los niveles medios de vida» a través de «una expansión de su capacidad productiva, la elevación de los promedios de productividad por trabajador y de ingresos por persona, cambios en la estructura de clases y grupos y en la organización social, transformaciones culturales y de valores, y cambios en las estructuras políticas y de poder» <sup>34</sup>. Trece años después, destaca en cambio lo notable de la distancia que la noción guarda con respecto a las realidades de una América Latina cuyas élites se expresan a través de un discurso organizado en torno al culto del crecimiento económico como único criterio verdadero de éxito en la gestión pública y privada <sup>35</sup>.

En los hechos, lo que hoy se entienda por «desarrollo» en América Latina ha dejado ya de sugerir la necesidad de algún tipo de vínculo deseable entre el crecimiento económico, el bienestar social, la participación política, la autodeterminación nacional, por no hablar de una relación más

responsable con el mundo natural. Entre las décadas de 1950 y 1970, en efecto, países «en desarrollo» significó a un tiempo una modalidad específica de relación entre las naciones de la periferia y las del centro del sistema mundial, y una asignación de sentido a esa relación. Todo eso pertenece ya al pasado, y nadie puede ver como una bendición que China, la India o Brasil lleguen a alcanzar niveles de consumo equivalentes a los del mundo Noratlántico, si ello fuera posible, cuando el problema planteado es por el contrario el de reducir esos niveles de consumo del Norte a niveles que permitan disminuir la presión que implican sobre los recursos naturales del planeta entero.

Tanto la sustentabilidad como el desarrollo han venido a ser, así, nociones sujetas a un proceso de replanteamiento que discurre a lo largo de un diálogo entre culturas obligadas a reconocerse en sus afinidades y diferencias si es que desean sobrevivir. Es mejor, evidentemente, que ese diálogo resulte del ejercicio de una voluntad consciente que del choque inevitable entre realidades y demandas antagónicas. Y para que ello sea así —particularmente en el caso del hemisferio que habitamos—, ese diálogo tendría que asumir al menos dos direcciones principales.

La primera de esas direcciones tendría que consistir en facilitar la comprensión de la historicidad del propio debate en que el diálogo tiene lugar, para contribuir a llevarlo más allá de su tendencia a encarar el deterioro ambiental como el resultado de un manejo poco eficiente de los recursos naturales, antes que como un problema que pone en evidencia la necesidad de entender de manera nueva el origen y la racionalidad de las formas de relación con la naturaleza que sustentan al modelo de crecimiento económico vigente, dentro del cual nuestra región sigue siendo vista esencialmente como una «frontera económica» de recursos ilimitados. Y, en un debate así historizado, una historia ambiental latinoamericana tendría que enfrentar, además, la tarea de caracterizar las diferencias entre nuestros ambientalismos y los de las sociedades Noratlánticas.

Definir los perfiles de quienes dialogan, en efecto, facilitará muchísimo la identificación precisa de las presencias y ausencias en el debate, y la adecuada evaluación de aquella pluralidad sin la cual América Latina no podría aportar ideas e iniciativas realmente nuevas en la búsqueda de mecanismos globales de cooperación. Porque ocurre que, en efecto, en ambos mundos está planteada ya la demanda de un «ethos» nuevo, distinto y an-

tagónico al de la economía de rapiña, en el que un uso previsor de los recursos naturales coexista en estrecha relación con la necesidad de incorporar a las mayorías sociales a la solución de sus propios problemas, particularmente aquellos en los que la pobreza y la marginación social y política contribuyen a hacer aún más graves los procesos de deterioro que ya afectan al mundo natural de la región<sup>36</sup>.

Este tipo de coincidencias entre ambos mundos constituye una reserva aún desconocida de elementos que sin duda facilitarán mucho el diálogo entre nosotros mismos, y con aquellos otros que enfrentan problemas y preocupaciones de origen semejante en sus propias regiones. Con ello, puede entenderse que la incorporación de esa reserva cultural al debate en curso se ha convertido ya en una tarea —tan urgente como fascinante— que espera por las contribuciones de un amplio número de disciplinas de las ciencias humanas y naturales de nuestra región<sup>37</sup>. Y esto, en América Latina, supone en primer término rescatar la legitimidad negada por los Estados oligárquicos de ayer y de hoy a las múltiples expresiones del ambientalismo popular a que se refieren autores como Fernando Mires<sup>38</sup>, y superar finalmente la escisión que, en lo cultural como en lo social y lo económico, caracteriza a nuestras relaciones con el mundo natural.

Todo esto implica que una historia ambiental latinoamericana debería desarrollarse a sí misma a través del esfuerzo por avanzar mucho más en la continuación de los esfuerzos pioneros de autores como Nicolo Gligo y Jorge Morello, entre nosotros, y Alfred Crosby y Richard Grove, en el mundo Noratlántico, entre muchos otros<sup>39</sup>. Y eso significa, también, la búsqueda de nuevas formas de comunicación y colaboración entre las ciencias naturales y las humanas, de modo que resulte posible combinar sus aportes en un nuevo tipo de empresa intelectual, capaz de apuntar a un problema aún más amplio, y a una promesa todavía más rica.

Parece ser, en efecto, que los académicos de América Latina no estamos solos en la pérdida creciente de nuestra capacidad para ejercer el modo ecuménico de aprendizaje y razonamiento que caracterizó en otros tiempos a hombres como José Martí y Charles Darwin, para mencionar ejemplos en ambas riberas del Atlántico, o del propio Martí y Henry David Thoreau, para mencionarlos en este hemisferio. Y, sin embargo, el nuevo tipo de desafíos que enfrentamos hoy está creando con rapidez una nueva circunstancia, que podría con-

tribuir a restaurar a las ciencias humanas en el lugar que merecen, como eje fundamental de la cultura creada por nuestra especie.

Para que ello llegue a ser posible, hoy es más necesario que nunca que empecemos a trabajar con aquéllos que podrían facilitarnos el conocimiento de lo que para nosotros es aún el lado oculto de la cultura ecológica del Norte: aquélla que se permite plantear la necesidad de enfrentar el hecho de que «a pesar de toda la retórica en contrario, no se puede tener lo mejor de dos vidas posibles —no es posible maximizar la riqueza y el predominio, y maximizar al mismo tiempo la democracia y la libertad. El desdén por reconocer este hecho ha sido un rasgo característico de los Estados Unidos y del conjunto de Occidente, derivado de la inocencia y las ensoñaciones de la juventud. Pero ya no puede ser así. Es necesario hacer una clara opción consciente»<sup>40</sup>.

Así definido, ese diálogo facilitaría mucho la identificación de los obstáculos y oportunidades de orden político y cultural para una cooperación internacional que pudiera incluir a las sociedades involucradas, y no sólo a sus gobiernos. Se trata, en breve, de hacer —y no sólo de escribir— una historia planetaria capaz de ir más allá de la tendencia, hoy dominante, a considerar a la biosfera como un mero contexto para el desarrollo de relaciones económicas y políticas entre las sociedades humanas.

Una perspectiva ambiental e histórica como ésta podría ser, de hecho, la más adecuada para promover una política de colaboración internacional capaz de enfrentar el deterioro de la biosfera con el énfasis que requieren los problemas asociados al reparto equitativo de costos, beneficios y esfuerzos entre las regiones involucradas. Y esto no sería poca cosa en una circunstancia marcada por el conflicto creciente entre la capacidad cada vez mayor de identificación y previsión de problemas que nuestra civilización ha logrado en el plano del conocimiento, y su creciente incapacidad para producir reacciones políticas de alcance equivalente.

Este programa de trabajo, si llega a ser ejecutado, tendría que ser traducido a una pluralidad de iniciativas de investigación, debate y organización, conservando siempre su carácter multidisciplinario mediante un enfoque que combine, a un tiempo, la investigación histórica de largo plazo hacia el pasado, y el análisis de las tendencias de mediano plazo en el desarrollo de los acontecimientos que la crisis ha puesto en marcha. En tan-

to scamos capaces de actuar en este sentido como gente de cultura, comprometida con la sobrevivencia y el bienestar de nuestras sociedades, habremos contribuido a la solución de uno de los grandes problemas de nuestra región en nuestro tiempo. Al hacerlo como latinoamericanos, además, habremos sabido atender a la advertencia hecha por Simón Bolívar en el contexto de otra crisis, también decisiva en nuestra historia: «A la sombra de la ignorancia trabaja el crimen.» Y no cabe duda de que, sabiendo al menos cuánto está aún por ser hecho, dejar de hacer será el crimen mayor de nuestro tiempo.

## NOTAS

<sup>1</sup> La expresión ha sido tomada de BRUNHES, Jean: *La Geografía Humana*, Madrid, 1953, publicado originalmente en Francia, en 1910. El autor, a su vez, desarrolló el concepto a partir de su previa formulación como «tropikal raubwirtschaft» por geógrafos alemanes a fines del siglo XIX.

<sup>2</sup> CEPAL: «Antecedentes y propuestas para un desarrollo ambientalmente sustentable», 1990, en CEPAL: *Reseñas de Documentos sobre Desarrollo Ambientalmente Sustentable*, Serie INFOPLAN: Temas Especiales del Desarrollo. Santiago de Chile, 1992, p. 21.

<sup>3</sup> ROSENTHAL, Gert: en *Excelsior*, México, D. F., 091193, sección *Ideas*. El señor Rosenthal, quien es Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), agrega en seguida que nadie «puede negar que el costo social del ajuste económico ha sido muy elevado».

<sup>4</sup> Así, para el 10 de agosto de 1993, la FAO informaba que entre 1980 y 1990 habían desaparecido «más de 150 millones de hectáreas de bosques tropicales», siendo «América Latina y el Caribe... las regiones que mayores recursos forestales perdieron en ese período, a un ritmo anual de 7.4 millones de hectáreas, y atribuyó este fenómeno a la pobreza... La deforestación, que alcanzó en todo el mundo un ritmo anual de 15.4 millones de hectáreas entre 1981 y 1990, provocó una grave pérdida de recursos esenciales para el desarrollo y pone en peligro la biodiversidad del planeta». El país más afectado en la región fue Brasil, con 6,670,900 hectáreas, seguido por México, con 678,000, «que no obstante en el mismo período reforestó 7,500 hectáreas». *La Jornada*, México D. F., 110893, p. 46.

<sup>5</sup> Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA); Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI); Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU): *Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. Una visión evolutiva*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1990, pág. 20-21.

<sup>6</sup> JOVANÉ, Juan: *Ajuste y Medio Ambiente*, CECADES, Panamá, 1992. TUDELA, Fernando: «Diez tesis sobre desarrollo y medio ambiente en América Latina y el Caribe», en *Ecológicas*, Boletín Bimestral del Instituto Autónomo de Investigaciones Ecológicas A.C., México, año 2, vol. 2, septiembre/octubre 1991, págs. 14-16.

<sup>7</sup> Se utiliza aquí la noción de sistema mundial a partir de su elaboración por Immanuel Wallerstein en textos como *El Moderno Sistema Mundial*, México, D. F., Siglo XXI, 1989, 5.ª ed.,

21, y *Geopolitics and Geoculture*, Cambridge University Press, 1992, y de la discusión del primero de esos textos por Fernand Braudel en el libro *La Dinámica del Capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

<sup>8</sup> Desde azúcar a petróleo, todos provenientes del sector primario-exportador de nuestras economías. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL): *Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe (1991)*, Santiago de Chile, diciembre de 1991.

<sup>9</sup> En el caso de Panamá, por ejemplo, la doctora Ligia Herrera, geógrafa, ha señalado el hecho de que se hubiera destruido tanta selva tropical entre 1950 y 1980 como entre 1550 y 1950, creándose ya la posibilidad de que las selvas tropicales de Panamá desaparecieran por completo para el año 2000. Por supuesto, la explicación más sencilla consiste en culpar de esa destrucción a los campesinos, debido a su ignorancia y a su irresponsabilidad. Sin embargo, la investigación de la doctora Herrera demostraba que los principales agentes de esa devastación no eran en realidad los grandes terratenientes dedicados a la ganadería extensiva, y que el predominio de esa actividad se encontraba íntimamente vinculado en sus formas, sus propósitos y sus ritmos de desarrollo a la manera en que la vida económica, social y política del país habían venido siendo organizadas a partir de la construcción del Canal de Panamá por el Estado norteamericano. Aun así, el problema distaba mucho de agotarse en ese nivel, se proyectaba mucho más hacia el pasado y, ciertamente, ni era exclusivamente panameño, sino latinoamericano, ni era meramente económico, sino —y al propio tiempo— social, político y cultural también. Véase: HERRERA, Ligia: «El impacto sobre el medio ambiente de las actividades ganaderas en Panamá», en *Medio Ambiente y Desarrollo en Panamá*, Universidad de Panamá, Instituto de Estudios Nacionales, *Cuadernos Nacionales*, núm. 4, mayo de 1990. Hay importantes observaciones también en JAFÉS SAGARIZ, Omar: *La Población del Istmo de Panamá. Del siglo XVI al siglo XX*, Panamá, edición del autor, 1978, y *Hombres y Ecología en Panamá*, Panamá, Editorial Universitaria, Smithsonian Tropical Research Institute, 1981.

<sup>10</sup> Por ejemplo: GLIGO, Nicolás, y MORILLO, Jorge: «Notas sobre la historia ecológica de América Latina», en *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, selección de O. Sunkel y N. Gligo, Fondo de Cultura Económica, El Trimestre Económico, núm. 36, 2 tomos, México, 1980. OUVIER, Santiago R.: *Ecología y Subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 3.<sup>a</sup> edición, 1986. ORTIZ MONASTERIO, Fernando; FERNÁNDEZ, Isabel; CASTILLO, Alicia; ORTIZ MONASTERIO, José y Alfonso BULL-GOYRI: *Tierra Profanada. Historia Ambiental de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, 1987.

<sup>11</sup> Al respecto, por ejemplo: BACA, Sergio: *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*, México, Siglo XXI, 13.<sup>a</sup> edición, 1989. Arnold J. TOYNBEE, por su parte, observaba cómo, en el estudio de los procesos de génesis de civilizaciones, «el factor que intentamos identificar no es un hecho individual, sino múltiple; no una entidad, sino una relación» (*Estudio de la Historia*, Madrid, Alianza, 1981, I, p. 105), al tiempo que para José Martí el hecho particular era usualmente diferente a las relaciones a las que servía como medio de expresión.

<sup>12</sup> Esto es, integrada por un conjunto de campos de estudio como los formados por:

1. Una forma característica de organización de los seres humanos con vistas a producir y reproducir su propia existencia, a la que normalmente designamos como la «sociedad».

2. Una forma característica de organización de las relaciones de producción, intercambio y consumo internas y externas a esa sociedad, a la que normalmente designamos como «la economía».

3. Una forma peculiar de institucionalización de las relaciones de poder asociadas a aquella organización social y económica, y de ejercicio del poder así institucionalizado por quienes lo detentan —o de lucha por obtenerlo por quienes están excluidos del mismo—, a la que normalmente llamamos «la política».

4. Una forma característica de conciencia de sí de esa sociedad, y de sus relaciones con otros grupos humanos y con el mundo natural, capaz de expresarse en conductas y manifestaciones materiales características, a la que usualmente llamamos «la cultura» y, finalmente,

5. Una forma característica de organización y desarrollo de las relaciones entre esa sociedad y su ámbito natural, a la que —en este caso y para estos propósitos de estudio— llamamos «el medio ambiente».

<sup>13</sup> «Introducción. La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina», en *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, selección de O. Sunkel y N. Gligo, México, Fondo de Cultura Económica, El Trimestre Económico, núm. 36, 2 tomos, 1980. Se trata, probablemente, del más valioso aporte temprano a la discusión del tema en la región, que sigue siendo de consulta imprescindible a más de diez años de haber sido publicado.

<sup>14</sup> Dos ejemplos recientes de esta evaluación nueva de aquel proceso civilizatorio son, en el plano ecoantropológico y en el cultural: ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo: *Medicina, Salud y Nutrición Aztecas*, México, Siglo XXI, 1993; QUIJANO, Anibal: «Colonialidad y modernidad-racionalidad», en Bonilla, Heraclio (compilador): *Los Conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*, Ecuador, Tercer Mundo Editores, FLACSO: Colombia, Ediciones Libri Mundi, 1992.

<sup>15</sup> Dedicado a una discusión del ensayo «Transformations of the earth. Toward an agroecological perspective in history», de Donald Worster, con aportes de Richard White, William Cronon, Alfred Crosby, Carolyn Merchant y Stephen Pyne. El título completo del libro de Crosby es *Ecological Imperialism. The biological expansion of Europe, 990-1990*, Cambridge University Press, 1990. Hay edición española. De Crosby ha sido publicado en México *El Intercambio Transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, y puede obtenerse en español también «Metamorfosis de las Américas», en Viola, Herman y Margolis, Carolyn (eds.): *Semillas de Cambio. Una conmemoración quincuagésima*, Washington y Londres, Imprenta del Instituto Smithsonian, 1991.

<sup>16</sup> Lo más conocido de la obra de WORSTER incluye: *The Wealth of Nature. Environmental history and the ecological imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1993; *Nature's Economy. A history of ecological ideas*, Cambridge University Press, 1992(a). *Rivers of Empire. Water, Aridity and the Growth of the American West*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1992(b). *Under Western Skies. Nature and History in the American West*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1992(c). «Transformations of the Earth: Toward an Agroecological Perspective in History» y «Seeing beyond Culture», en *Journal of American History*, Marzo 1990. «The vulnerable Earth: toward a planetary history» y «Appendix: Doing Environmental History», en Worster, Donald (ed.): *The Ends of Earth. Perspectives on modern environmental*

history, Cambridge University Press, 1989. «History as Natural History: an Essay on Theory and Method», separata de la *Pacific Historical Review*, 1984. *Dust Bowl. The Southern Plains in the 1930s*. Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1979, y la antología comentada *American Environmentalism. The formative period, 1860-1915*. Nueva York, John Wiley & Sons, Inc., 1973.

<sup>17</sup> En «Serie de artículos para La América», *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, tomo 25, págs. 44-45.

<sup>18</sup> Al respecto: «Ecology and the poor: a neglected dimension of Latin American history», en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, Volume 23, Part 3, Octubre 1991; con SCHLUPMAN, Klaus: *La Ecología y la Economía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, y *De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular*, Barcelona, Icaria, 1992.

<sup>19</sup> La doctora Herrera, por ejemplo, recuerda aún de sus años de infancia cómo llegó la United Fruit Company a nuestra provincia de origen, Chiriquí, en busca de nuevas tierras después de que una plaga de hongos devastó sus plantaciones de banano en la provincia de Bocas del Toro, en nuestro litoral Atlántico. Y la UFCO. —«mamita yunai», como la llamaban sus trabajadores— ya era la empresa capitalista moderna que sigue siendo hasta hoy.

<sup>20</sup> Sería necesario, por ejemplo, tomar en cuenta el grado extremo de control de los aparatos estatales por las oligarquías de la región y la debilidad de las sociedades civiles en nuestros países, para entender mejor algunos aspectos muy importantes de nuestras formas peculiares de participación en ese proceso global, como el hecho de que la «economía de rapiña» sea hegemónica precisamente en las áreas «modernas» de nuestra agricultura; el de la preeminencia no ya del monocultivo, sino de la monoproducción para la exportación, y la virtual ausencia de verdaderas estructuras estatales de apoyo al campesinado, sobre todo en sus tiempos de necesidad.

<sup>21</sup> Y el proceso no se ha interrumpido, si Sergio BAGU tiene razón en lo que se observa en su ensayo «Población, recursos naturales y neoarcaísmo organizativo en la economía latinoamericana del siglo XX», en FLORESCANO, Enrique (Compilador): *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1.ª reimpresión, 1987.

<sup>22</sup> México, Editorial Porrúa, S. A., 1989.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 170.

<sup>24</sup> CONRAD, Geoffrey W., y DEMAREST, Arthur, A.: *Religión e Imperio. Dinámica del expansionismo azteca e inca*. Alianza México D. F., Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. En su misma amplitud, por lo demás, este papel de lo político en la reorganización de lo ambiental resulta probablemente común a las relaciones de toda sociedad humana con su mundo natural.

<sup>25</sup> Al respecto, por ejemplo, véase: DA CUNHA, Euclides: *Los Sertones*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980. Prólogo, notas y cronología de Walnice Nogueira Galvao.

<sup>26</sup> Es posible, por supuesto, encontrar trazas de otras estrategias «imperiales» en casos específicos, entonces o después, como en el caso del entusiasmo de nuestros tecnócratas de la década de 1950 con la necesidad de un manejo «racional» de los recursos naturales que optimizara su potencial para el crecimiento económico, o de las demandas más contemporáneas de un «desarrollo sustentable» que concilie las aspiraciones de la periferia y el centro en ese mismo propósito de crecimiento. Por otro lado, son muchos los signos que indican que,

en ausencia de este tipo de coerción interna y externa, amplios segmentos de nuestras sociedades retornarían de manera espontánea a un modo de vida más austero e igualitario, organizado en torno a un ideal de autosuficiencia complementada con los intercambios externos imprescindibles para cubrir sus necesidades, ciertamente muy distinto al de la «economía de mercado» a la que se encuentran sujetos hoy.

<sup>27</sup> Todavía en 1975, de hecho, la mayor parte de las ideas martianas relativas al medio ambiente fueron simplemente clasificadas como «periodismo diverso» en la edición cubana de sus *Obras Completas*.

<sup>28</sup> La necesidad de esa colaboración, y algunos de los problemas que plantea, son objeto de una sugerente exposición en el documento *Pacto para un Nuevo Mundo* (World Resources Institute, Washington, D. C., octubre de 1991), elaborado por la organización Diálogo del Nuevo Mundo sobre Medio Ambiente y Desarrollo en el Continente Americano y firmado por un notable grupo de personalidades académicas, políticas y sociales de América Latina, los Estados Unidos y Canadá. Otro planteamiento, de corte más tecnocrático, se encuentra en el libro *Nuestra Propia Agenda sobre Desarrollo y Medio Ambiente México*, (Fondo de Cultura Económica, 2.ª edición, 1991), elaborado por el Banco Interamericano de Desarrollo, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y la Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe, con vistas a la Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro en 1992.

<sup>29</sup> Por ejemplo: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente/Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo: *Medio Ambiente y Desarrollo en América Latina. Una visión evolutiva*, Madrid, 1990, p. 19.; GORE, Senator Al: *Earth in the Balance. Ecology and the human spirit*, Boston, Nueva York, Londres, Houghton Mifflin Company, 1992. GOROSTIAGA, Xabier: «América Latina frente a los desafíos globales», en *Tareas*, núm. 79, Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos «Justo Arosemena», Panamá, septiembre-diciembre de 1991, págs. 83-112. MARTINEZ-ALIER, Joan: *De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular*, Barcelona, Icaria, 1992. WORSTER, Donald: «The shaky ground of sustainable development», y «The wealth of nature», en *The Wealth of Nature. Environmental history and the ecological imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 21.

<sup>31</sup> Para una caracterización de conjunto de la crisis ambiental y su incidencia en las relaciones internacionales, desde la que quizá sea una de las perspectivas más democráticas dentro del mundo industrializado, véase por ejemplo PORTER, GARETH y WELSH BROWN, Janet: *Global Environmental Politics*, Boulder, San Francisco, Oxford, Westview Press, 1991.

<sup>32</sup> «The shaky ground of sustainable development», en *The Wealth of Nature*, cit., págs. 143-144.

<sup>33</sup> *Ibid.*, págs. 155-154.

<sup>34</sup> En SUNKEL, Osvaldo: «Introducción. La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina», en *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, selección de O. Sunkel y N. Gligo, México, Fondo de Cultura Económica, El Trimestre Económico, núm. 36, 2 tomos, 1980, pág. 10.

<sup>35</sup> Al punto en que el Secretario Ejecutivo de la CEPAL puede resaltar la importancia cultural de que si «hace veinte o treinta años pertenecer a los estratos de mayores ingresos era un motivo de vergüenza», hoy sea en cambio «motivo de éxito



y muestra palpable de que se es buen empresario». ROSENTHAL, Gert: *Ibid.*

<sup>36</sup> Una vez explorada, esa frontera cultural ofrecerá sin duda elementos muy sugerentes de coincidencia con posturas que, en el mundo Noratlántico, demandan un tipo de crecimiento económico que no depende simplemente del «capital natural» de recursos renovables y no-renovables de la Tierra, sino de los «intereses» del mismo. Al respecto, PORTER y WILSON (*op. cit.*, p. 30) plantean que sería necesario reducir drásticamente el uso de combustibles fósiles, depender más de fuentes de energías renovables, y enfrentar con rapidez la transición a sistemas sustentables de manejo de los recursos, y a la búsqueda de acuerdos encaminados a estabilizar la población del planeta al nivel más bajo posible.

<sup>37</sup> Y no es la menor de las dificultades que presenta esta tarea la de que, para ser lograda, deba ser asumida en términos muy distintos a los que caracterizan la racionalidad de nuestras burocracias gubernamentales, tan proclives siempre a en-

cerrarse a sí mismas —y a sus sociedades— en la búsqueda de soluciones «prácticas», de corto plazo, bajo costo y buena imagen en los medios de comunicación.

<sup>38</sup> Al respecto, por ejemplo: MIRIS, Fernando: *El Discurso de la Naturaleza. Ecología y política en América Latina*, San José, Costa Rica, Departamento Ecueménico de Investigaciones, 1990.

<sup>39</sup> De GROVE, por ejemplo, cabe citar ensayos como «Colonial conservation, ecological hegemony and popular resistance: towards a global synthesis», en *Imperialism and the Natural World*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 1990, y «Origins of Western Environmentalism», en *Scientific American*, julio 1992, vol. 267, núm. 1, en los que destaca el papel del colonialismo europeo de los siglos XVIII y XIX en África, Asia y América Latina, en la conformación del ambientalismo en tanto que movimiento social y cultural.

<sup>40</sup> WORSTER, Donald: *Rivers of Empire*, cit., pág. 334.

### LIBROS RECIBIDOS:

- ROBINSON ARMSTEAD, L. & SULLIVAN, P.: *New directions in civil rights studies*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1991.
- MAYALL, J.: *Nationalism and international society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- WYN REES, G.: *International politics in Europe: the new agenda*, Londres, Routledge, 1993.
- LAKE, A. & HARRISON, S.: *After de wars: reconstruction of Afghanistan, Indochina and the Horn of Africa*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1990.
- REIMAN, R. A.: *The new deal & american youth*, Athens, University of Georgia Press, 1992.
- OLIN WRIGHT, E.: *Clases*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- BALTA P. (comp.): *Islam. Civilización y Sociedades*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- BALTA P.: *El gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- MEJIA LIRA, J.: *Servicios Públicos Municipales*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1994.
- RODRÍGUEZ SUMAZA, C.: *Ciclos demográficos. Una perspectiva socioeconómica*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, 1994.